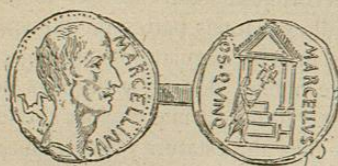


expiaciones, porque no se sabía á qué divinidad ofrecer el sacrificio; fuera de que no permiten los ritos inmolar una misma víctima á dos divinidades.» Marcelo dedicó el templo al Honor y después se erigió otro al Valor, cuya dedicación hizo su hijo diez y siete años después.



Marcelo en el templo de Júpiter Feretrio (1)

La derrota de los insubres adelantaba la conquista de la Cisalpina. A fin de consolidar en ella su poder, envió el senado á Cremona y á Placencia en 218 dos colonias, de seis mil familias romanas cada una, las cuales debían guardar la línea del Po, defendida ya por Taneto, Clastidio y Módena.

La vía militar comenzada por el censor Flaminio á través del Apenino desde Roma hasta el centro del país de los senones, se continuó para enlazar estos puestos avanzados en la gran plaza de Arimino (2). Así la dominación romana se acercaba á los Alpes «ese baluarte levantado, decía Cicerón, por una mano divina para la defensa de Italia», y el arado iba á acabar en la Cisalpina la obra de la espada, cuando la llegada de Aníbal lo detuvo todo.



Tolomeo III Evergetes (3)

En 221, los romanos habían ocupado también la Istria, donde eran dueños de una de las puertas de Italia y se establecían al N. de la Macedonia á la que amenazaban ya por la parte de la Iliria.

Desde la derrota de Pirro, estaban en relaciones amistosas con los reyes de Egipto. Estos se acercaban naturalmente á un pueblo que podía ser un día temible adversario de los enemigos que los Tolomeos tenían en Grecia. Después de la primera guerra Púnica, Evergetes renovó la alianza que su padre había concluido con Roma. El senado le ofreció tropas auxiliares contra Antíoco de Siria, rehusólas él, pero permaneció fiel á la amistad de los romanos.

## II. - CARTAGO. - GUERRA DE LOS MERCENARIOS. CONQUISTA DE ESPAÑA.

Durante estos veintitres años tan bien pasados en provecho de Roma, Cartago también había extendido su imperio, después de haber atravesado una crisis peligrosa que hubo de falsear para siempre su constitución.

Cuando Amílcar firmó la paz con Lutacio, había en Sicilia veinte mil mercenarios, á los cuales no se pagaba sino con palabras hacía mucho tiempo. Acabada la guerra reclamaron la ejecución de estas promesas, y el gobernador de Lilibea, Gescón, los envió á Cartago por destacamentos á fin de dar tiempo al senado para satisfacerlos ó dispersarlos. Pero el tesoro estaba exhausto; se les dejó llegar á todos y

(1) Anverso: MARCELLINVS. Cabeza de Marcelo; detrás, la *triquetra*; reverso: MARCELLVS. COS. QVINQ. (cinco veces cónsul). Marcelo en actitud de llevar un trofeo al templo de Júpiter Feretrio. Denario de plata de la familia Claudia.

(2) Estrabón (V, pág. 217) supone construída por un Fmilio, cónsul en 187, la vía Emilia, que conducía de Arimino á Bononia y á Aquilea, rodeando los pantanos y siguiendo el pie de los Alpes.

(3) Busto radiado de Tolomeo Evergetes, con un cetro y la égida. De un tetradracma de oro.

cuando estuvieron reunidos, se les pintó la penuria de la república haciendo un llamamiento á su abnegación y desinterés. Sin embargo el oro y la plata brillaban por todas partes en la opulenta metrópoli del Africa, y los mercenarios comenzaron á cobrarse por su propia mano. El senado temió el pillaje y mandó á los oficiales conducir el ejército á Sicca, dando á cada soldado una moneda de oro para sus más apremiantes necesidades. Los cartagineses hubieran podido conservar en rehenes sus mujeres é hijos, pero las dejaron ir para que aquellos aventureros no tuvieran que volver por ellas. Después, cerrando las puertas, se creyeron al abrigo de toda cólera detrás de sus altas murallas.

Los mercenarios, dice Polibio, cuya narración abreviamos, estaban reunidos en Sicca, y como para tales tropas es la ociosidad muy mala consejera, se pusieron á echar cuentas, exagerando lo que se les debía y lo que se les había prometido en los momentos de peligro, con lo cual nacían inmensos deseos y concupiscencias en sus codiciosos ánimos.

Se les envió el general Hannón, el cual, en vez de llevarles oro, todavía les exigió sacrificios, hablando humildemente de la penuria de la república. Los ciudadanos hubieran podido entender este lenguaje; pero los mercenarios se irritaron y con esto estalló la sedición mucho tiempo contenida. Los de cada nación se agruparon separadamente al principio, después se reunieron todos. Nadie se entendía en tal confusión de lenguas, sino para lanzar mil imprecaciones y amenazas. Hannón ensayó el medio de hablar á los insurgentes por boca de sus oficiales respectivos; pero estos les comunicaban cosas muy distintas de lo que se les decía, con lo cual subía de punto la justa cólera de los mercenarios. «¿Por qué preguntaban estos, por qué se les había diputado á Hannón que no les conocía, en lugar de uno de los generales que los habían visto en el campo de batalla y sabían lo que habían hecho y lo que se les debía?»

Los insurrectos levantan su campo, marchan sobre Cartago y se detienen á 120 estadios de la ciudad, en el lugar llamado Túnez. Cartago no tenía ni soldados para rechazar á estos bárbaros, ni rehenes para detenerlos, y en esta situación probó á calmarlos. Envióles ante todo víveres, cuyo precio fijaron ellos mismos, y luego diputados que les prometieron que todo lo que pedían les sería concedido. Esta flaqueza de Cartago aumentó la audacia de los insurrectos. Habían hecho frente á los romanos en Sicilia. ¿Quién se atrevería á mirarlos de frente? A buen seguro, no serían los cartagineses.

Con esto, todos los días inventaban nuevas exigencias reclamando, además de su paga, el precio de sus caballos muertos en campaña, y que se les pagaran los víveres que se les debían al precio exorbitante á que habían estado durante la guerra.

Para acabar, se les envió por diputado á Gescón, uno de sus generales de Sicilia, el cual siempre había tomado á pechos sus intereses, y sobre todo, que les llevaba mucho oro. Gescón tomó aparte á los jefes, y después reunió á los soldados de cada lengua para pagarles sus haberes. Estaba ya para hacerse el acomodamiento, cuando surgió una gran dificultad. Había en el ejército cierto Espendio, hijo de Campania, en otro tiempo esclavo en Roma, el cual tenía que lo entregaran á su amo, y un africano de nombre Matos, autor principal de estas turbaciones; uno y otro tenían pagar por todos si se llegaba al arreglo. Matos reconvinó á los libios por su ligereza, haciéndoles entender, que una vez despedidas las demás naciones, luego al punto haría recaer Cartago sobre ellos el peso de su cólera y los castigaría con mano fuerte para escarmentar á sus compatriotas

A estas insinuaciones del ardiente africano, siguió una gran agitación entre todos ellos, y cuando Gescón habló de aplazar para más adelante el pago de los víveres y de los caballos, los libios se reunieron en tumulto, sin querer oír más que á Matos y á Espendio, pues cuando algún otro tomaba la palabra, lo apedreaban sin consideración ninguna. Sólo una palabra, una sola, comprendían aquellos bárbaros. ¡Hiere! En cuanto alguno decía ¡Hiere! todos herían; y tan aína y á menudo que era imposible escaparse. Muchos soldados y aun jefes perecieron así; y al fin de cuentas Espendio y Matos fueron elegidos generales por aquella revuelta é indisciplinada tropa.

Sabía Gescón que, una vez sueltas aquellas bestias feroces, Cartago estaba perdida, y con peligro de su vida permaneció en el campamento para ver de atraerse á los jefes. Pero un día los africanos que no habían recibido su paga, fueron á reclamársela y lo hicieron de una manera insolente. El general cartaginés les contestó discretamente, que se dirigieran á Matos. Entonces los amotinados se arrojaron sobre el dinero y prendiendo á Gescón y sus compañeros los cargaron de cadenas.

Cartago estaba poseída de terror. Muy quebrantada por sus derrotas en Sicilia, había esperado algún reposo y seguridad para reparar sus fuerzas, una vez hechas las paces con Roma, y he aquí cómo la guerra volvía y ahora con carácter más temible, porque no se trataba ya de la posesión de Sicilia, sino de la salvación, de la existencia misma de Cartago. No tenía ya ejército ni flota; sus graneros estaban vacíos, su tesoro agotado, sus aliados indiferentes, si no eran enemigos. Su dominación sobre los pueblos de África había sido cruel: en la última guerra había exigido á los campesinos la mitad de sus rentas y doblado el impuesto de las ciudades; *Leptis Parva* le debía un talento diario. Los más pobres no tenían que esperar de los gobernadores cartagineses ni gracia ni perdón, pues para ser popular en Cartago, era preciso ser implacable con los súbditos y sacar de ellos todo el dinero posible.

Así, en cuanto Matos llamó á un levantamiento general á las ciudades de Africa, hasta las mujeres, que habían visto tantas veces arrastrar á sus hombres á la cárcel por la imposibilidad de pagar tan crecidos impuestos, favorecieron la rebelión jurando no escatimar nada de lo poco que les quedaba para los gastos de esta empresa, y en efecto, dieron cuanto poseían en muebles y adornos femeniles, con lo cual abundó el dinero en el campo de los mercenarios. Numerosos auxiliares acudieron á engrosar sus tropas, llegando á formarse un ejército de 70,000 hombres, con los cuales sitiaron á Utica y á Hipona, las dos únicas ciudades que no habían respondido á su llamamiento.

Los cartagineses confiaron al principio á Hannón la dirección de la guerra; pero por dos veces dejó Hannón pasar la ocasión de destruir al enemigo, por lo cual fué sustituido en el mando por Amílcar. Con diez mil hombres y setenta y cinco elefantes supo este general hacer levantar el sitio de Utica, desembarazar las cercanías de Cartago y ganar otra victoria contra Espendio. Entonces se le pasaron los nómadas, quedando dueño del campo y los víveres comenzaron á escasear entre los insurrectos. Al mismo tiempo trataba con la mayor benevolencia á los prisioneros. Los jefes de la insurrección temieron defecciones, y para prevenirlas, reunen el ejército y hacen comparecer á un hombre que suponían recién llegado de Cerdeña con una carta en que sus amigos los invitaban á observar de cerca á Gescón y á los demás prisioneros y á desconfiar de los manejos secretos que se hacían en el campo á favor de los cartagineses. Tomando entonces la palabra Espendio, hizo notar la pér-

fida benevolencia de Amílcar y el peligro de dar libertad á Gescón. Y hablando estaba aún, cuando un nuevo mensajero que se decía también recién llegado de Túnez, presentó otra carta en el mismo sentido que la primera. Autarites, jefe de los galos, declaró á su vez que no había salvación posible sino en el rompimiento absoluto con los cartagineses; que todos los que hablaran en otro sentido eran traidores, y que para hacer imposible toda avenencia, era preciso matar á Gescón y á los demás prisioneros.

Este Autarites tenía la ventaja de hablar en lengua fenicia, haciéndose así comprender del mayor número, pues la prolongación de la guerra iba haciendo poco á poco del fenicio la lengua comun, y los soldados se saludaban de ordinario en esta lengua.

Después de Autarites hablaron sucesivamente hombres de todas las naciones, que estaban obligados á Gescón y pidieron gracia para el general; pero como todos hablaban á la vez y cada cual en su lengua, no se podía entender nada. Sin embargo, cuando se entrevió el objeto á que se dirigían, se oyó la funesta voz de ¡Hiere! y los desgraciados intercesores perdieron la vida á pedradas. Después de esto, fueron por Gescón y los suyos en número de 700: los llevaron fuera del campamento, les cortaron las manos y las orejas, les rompieron las piernas y los brazos y los arrojaron á un foso vivos todavía.

Cuando Amílcar envió á pedir siquiera los cadáveres, resolvieron los bárbaros que los enviados sufrieran la misma suerte y proclamaron como ley que todo prisionero cartaginés pereciera en los suplicios, y que todo aliado de Cartago fuera despedido con las manos cortadas. Y esta bárbara ley fué observada con todo rigor. En represalias Amílcar echó á las fieras todos sus prisioneros.

Los negocios de los cartagineses tomaban un giro favorable, cuando súbitos reveses los trajeron á su primer estado. La Cerdeña se había sublevado; una tempestad hubo de sumergir un gran convoy de víveres; Hipona y Utica hicieron defección á su causa pasando á cuchillo la guarnición y Matos pensaba ya en conducir sus insurrectos al pie de los muros de Cartago. Pero Hierón, á quien la victoria definitiva de aquellos bárbaros hubiera espantado, dió todos los recursos que los cartagineses le pidieron. La misma Roma se mostró favorable, y el senado les envió sin rescate los prisioneros restantes de los hechos en Sicilia, permitió que los mercaderes italianos les llevaran víveres y rehusó el ofrecimiento de los habitantes de Utica de entregarse á los romanos.

Amílcar aventó por segunda vez á los mercenarios de las cercanías de Cartago, y con su caballería nómada los rechazó hasta las montañas, donde con hábiles evoluciones logró encerrar uno de sus ejércitos en el desfiladero del *Hacha*. No pudiendo huir ni luchar allí, se vieron los mercenarios reducidos á comerse unos á otros, siendo las primeras víctimas los prisioneros y los esclavos. Cuando faltó este recurso, fué preciso que Espendio, Autarites y demás jefes, amenazados por la amotinada soldadesca, pidieran un salvoconducto para ir á tratar con Amílcar.

No lo negó el general cartaginés, y convino con ellos en que, salvo diez hombres á su propia elección, despediría á los demás, dándoles á cada uno un vestido. Hecho el tratado, dijo Amílcar á los enviados: «Vosotros sois de los diez,» y los retuvo.

Al saber los mercenarios el arresto de sus jefes, se creyeron traicionados y corrieron á las armas; pero estaban tan bien envueltos, que no se escapó uno solo de cuarenta mil.

Entre tanto, sitiado Matos en Túnez, hizo una resistencia enérgica: en una salida, hubo de hacer prisionero al co-

lega de Amílcar, á Aníbal, y lo ató á la cruz de Espendio, y treinta de los principales cartagineses perecieron en atroces suplicios; pero atraído á campo raso, fué vencido en una gran batalla, conducido á Cartago y entregado para ludibrio al populacho.

La guerra *inexpiable*, como se la llamaba, había durado tres años y cuatro meses. «No sé, dice Polibio, que en ninguna otra guerra se haya llevado más lejos la barbarie y la impiedad.» El hombre había caído allí, lo que sucede con frecuencia, por debajo del bruto, que mata para comer; sino que el bruto por feroz que sea no atormenta.

En una república mercantil que se deja arrastrar á largas



Guerrero cartaginés (1)

guerras, se forma necesariamente un partido militar, cuya importancia crece á proporción de los servicios, y que acaba por sacrificar las libertades del país en interés de su jefe. Así pereció la república holandesa (2): así debía acabar Cartago. Fuera de esto, preciso es que una constitución esté muy arraigada en un país para que no sufra menoscabo en una guerra desgraciada. La oligarquía cartaginesa llevó la pena de los desastres de la primera guerra Púnica, y la necesidad de armar á los ciudadanos todavía la enflaqueció más fortaleciendo el elemento popular. Si nos fuera más conocida la historia interior de Cartago, encontraríamos en ella curiosas revelaciones sobre los dos grandes partidos que la dividían y que los historiadores apenas nos dejan entrever. Acaso Hannón y los suyos, á quienes nos representan como vendidos á Roma ó bajamente celosos de Amílcar y de su hijo, aparecieran como ciudadanos justa-

(1) Guerrero barbudo, en pie y ceñido de coraza, que se encontró en Sicilia en 1762. Tenía en la mano derecha una espada, cuya empuñadura aun conserva. Cailo vió en él un soldado cartaginés. Estatuita de bronce: altura, 12 cents. !. Gabinete de Francia, n.º 2976 del catál. Chabouillet.

(2) Aníbal era el futuro *stathouder* de Cartago; los Hannones sus Witt. Lo mismo sucedía en Siracusa, en todas las repúblicas griegas de Sicilia, en todas las de la Edad media en Italia.

mente alarmados por el favor creciente, con el pueblo y el ejército, de una familia que parecía investida por derecho hereditario, del mando de los ejércitos, y amenazaba á Cartago con una dictadura militar.

En efecto, en la primera guerra púnica, Amílcar había prestado grandes servicios; sin embargo se nombró á Hannón contra los mercenarios. Cuando su incapacidad obligó al senado á oír los votos del ejército y le envió á Amílcar, le fué dado por colega otro Hannón; pero los soldados hubieron de expulsarlo, y Amílcar lo reemplazó con un general, de nombre Aníbal, probablemente de su facción.

Muerto éste, el senado se dió prisa en enviar de nuevo á Hannón con treinta senadores encargados de reconciliar á los dos caudillos y de vigilar á Amílcar, y fué menester que el héroe compartiera con su rival la gloria de terminar aquella guerra. El salvador de Cartago bien merecía brillantes recompensas, y lejos de esto, se le humilló con vergonzosas acusaciones. El ejército y el pueblo estaban por él; pero fuera patriotismo, fuera conciencia de la fuerza que conservaban aún aquellos grandes que lo ultrajaban, fuera, en fin, deseo de aumentar con nuevas victorias su reputación y la influencia de su partido, se dejó desterrar con sus victoriosas tropas y partió para someter á Cartago las costas de Africa y de España. Esta conquista, se decía, será una compensación de la pérdida de Sicilia y de Cerdeña (3).

Amílcar invirtió aquí nueve años, durante los cuales, dice Polibio, sometió gran número de pueblos por medio de las armas ó de los tratados, hasta que pereció en una batalla contra los lusitanos á orillas del Guadiana. El botín recogido en la rica España había servido para comprar al pueblo y parte del senado (4). La facción barcina crecía y como su principal apoyo estaba en el pueblo, favorecía las invasiones de la asamblea popular, que poco á poco llegó á hacerse preponderante en el gobierno. Con esto, el yerno de Amílcar, el favorito del pueblo de Cartago, Asdrúbal, hubo de heredar, á pesar del senado (5), el mando que dejó su padre. Continuó sus conquistas con un ejército de cincuenta y seis mil soldados y doscientos elefantes, avanzó hasta el Ebro, donde espantados de sus progresos los romanos, lo detuvieron con un tratado (227), y para consolidar su poder, fundó la ciudad de Cartagena, en la más favorable posición, en medio de la costa de España, enfrente del África, delante de un amplio puerto y cerca de unas minas que le daban diariamente trescientas libras de plata. En pocos años y con inmensos trabajos se hizo una gran ciudad, que vino á ser como la capital de los futuros Estados de la casa barcina (6).

Sin embargo, Asdrúbal fué asesinado por un esclavo galo que vengaba en él la muerte de su amo, asesinado á traición. Los soldados eligieron para ocupar su puesto al hijo de

(3) Según Apiano, partió á pesar del senado para España, donde Cartago tenía ya algunas posesiones y relaciones de comercio.

(4) *Pecunia totam locupletavit Africam* (Corn. Nep., Amílcar, 4).

(5) Gades era la capital fenicia de España, pero los Barcas querían una ciudad nueva. Gades, por otra parte, ocupaba una posición demasiado excéntrica y conservaba el amargo pesar de su pérdida independencia.

(6) Hannón dice, oponiéndose al envío de Aníbal al lado de Asdrúbal: *An hoc timemus, ne... nimis sero imperia immodica et regni paterni speciem videat?* Y añade, hablando de Amílcar: *cujus regis... y del ejército: hereditarii exercitus...* (Tito Livio, XXI, 3). Este discurso de Hannón está hecho por Tito Livio, pero representa la opinión que los antiguos tenían, y que, según todos los indicios, debemos tener nosotros mismos de la ambición de los Barcas. Otro caudillo militar, Malco, había conducido ya su ejército contra Cartago y tomado la ciudad sin proclamarse rey; pero fué condenado á muerte bajo la inculpación de haber aspirado á la tiranía. (Justin., XVIII, 7.)

su antiguo general, Aníbal, que hacía tres años que combatía en sus filas. El pueblo confirmó y el senado aceptó al nuevo rey, como quiera que España y el ejército sólo eran ya una herencia de los Barcas.

Tal era, en 219, la situación de Cartago. Todo anunciaba

una próxima transformación de esta antigua república. Pero Aníbal, como César, dos siglos después, tenía necesidad de soldados y victorias para volver como señor á su patria. César conquistó la dictadura en la Galia; Aníbal la buscó en la segunda guerra Púnica, que su padre le había legado.

## CAPÍTULO XXII

### ESTADO INTERIOR DE ROMA EN EL INTERVALO DE LAS DOS GUERRAS PUNICAS

#### I. — COMIENZOS DE LA LITERATURA ROMANA. — JUEGOS Y FIESTAS POPULARES.

Para devolver á Italia sus anejas naturales, Sicilia, Cerdeña y Córcega, y hacer de estas islas los puestos avanzados del nuevo imperio; para proteger su comercio contra los corsarios de la Iliria, y su reposo y su fortuna contra los piratas de tierra, albergados en la Cisalpina, había dado Roma innumerables combates é inmortales ejemplos de perseverancia. De aquellas tremendas luchas había salido segura de su fuerza propia y de la fidelidad de sus súbditos y aquel tiempo es la edad de oro de su existencia republicana.

Sin embargo, desde la guerra del Samnio, costumbres, religión, organización política, todo había dado un paso adelante. Las riquezas sacadas del pillaje de ciudades industriosas y comerciales, los tributos pagados por Sicilia y Cartago, las ideas adquiridas al contacto de tantos hombres y cosas, producían novedades á las cuales se habituaban insensiblemente los romanos. Antes de tres cuartos de siglo, Roma no estará ya en Roma. Sigamos estas lentas infiltraciones de costumbres y de ideas extranjeras que van á modificar tan profundamente la sociedad latino-sabina de los primeros siglos. En el estudio de estas inevitables transformaciones se encuentran el interés y la utilidad de la historia.

La lengua latina, instrumento sonoro, pero incompleto, conservaba aquella majestad imperativa, tan bien marcada en las *Doce Tablas*, y que después de la fluida elocuencia de Cicerón y de Tito Livio, volverá á encontrar en la viril concisión de Tácito y de los grandes juriconsultos del imperio. Era impropia para expresar las ideas abstractas, que por otra parte, no tenía aquel pueblo; de modo que Aristóteles y Platón á duras penas hubieran podido servirse de ella.

Con todo eso, por el uso mismo, se doblegaba y perdía sus asperezas. En el Foro y en la curia tenía Roma oradores escuchados, y en los campamentos y hasta en los campos de batalla, arengaban los caudillos á sus tropas para persuadirlos antes de mandarlas. Ni podía ser de otra manera en un Estado republicano, donde la palabra vale tanto como la espada, por el bien ó el mal que puede hacer.

La elocuencia tenía también su dios protector, Mercurio, cuya estatua, elevada en la plaza pública de las ciudades, presidía en ellas á la vez el comercio y las deliberaciones.

El uso de las oraciones fúnebres era muy antiguo. Ya hemos visto un fragmento de la que Q. Metelo consagró al vencedor de Panorma. Es un género que se perfeccionará rápidamente. En la siguiente generación, pronunciará el Temporizador ante todo el pueblo y frente al lecho mortuario de su hijo, una arenga que Plutarco se atreverá á comparar con las de Tucídides.

Comenzaba también otro género, que se desarrollará andando el tiempo hasta venir á ser una de las glorias más puras y legítimas de Roma. El primer pontífice máximo plebeyo (254), Coruncanio, acababa de abrir una escuela de jurisprudencia para explicar la ley á todos los que se presentaban, sin excluir á nadie, como sus predecesores, que sólo la explicaban á los patricios, ganosos de obtener un puesto en el colegio de los pontífices. Estas escuelas se multiplicarán, y en ellas se formará la única ciencia que los romanos crearan, el derecho civil.

La tradición oral conservaba muchas cosas, pero las necesidades intelectuales eran tan limitadas, que las narraciones del atrio y del hogar (1) bastaban á una curiosidad que no se despertaba. Roma vivió quinientos años sin hacer un libro ni un poema, ni siquiera una de esas canciones de soldados, uno de esos himnos guerreros que se encuentran en todos los pueblos. La primera pieza del tarentino Livio Andrónico, liberto de un consular, se representó en 240 para la celebración de los juegos romanos; la del campaniense Nevio parece ser de 231, y, en el intervalo de las dos guerras púnicas, comenzó Fabio Pictor sus libros de Anales. Comenzaban en la llegada de Eneas al Lacio, y el soldado de Trasimeno los continuó hasta los acontecimientos de que fué testigo (2). Polibio, Tito Livio, Dionisio de Halicarna-

(1) Sin embargo, dice Catón que los convidados tenían la costumbre de cantar á la redonda, al son de las flautas, las hazañas y virtudes de sus antepasados. (Cic., Tusc., IV, 2, y Val. Max., II, 1, 10.) Horacio afirma que era un antiguo uso, *more patrum* (Carm., IV, xv, 26-32). Había también lamentos funerarios, *nenie*. Pero la tradición, tan tenaz en conservar los cantos populares, no ha conservado en Roma nada de estas rudas poesías, lo que hace creer que no conmovieron mucho la fibra nacional.

(2) Hacia el tiempo de Pirro, la creencia del origen troyano de Roma estaba ya establecida, y al fin de la primera guerra púnica los romanos se autorizaban con ella para intervenir en Grecia en favor de los acarnanios (Dionis., I, 52; Just., XXVIII, 1). Nevio, Ennio, Fabio Pictor no tenían ninguna duda sobre esto. En un cisto encontrado en otro tiempo en Preneste, con todo su contenido, un artista italiano, inspirado por el arte griego, hubo de representar, siglo y medio antes de Virgilio, esta leyenda y los combates de Turno y Eneas. No existiendo ya la parte superior del cisto, no se ve más que la mitad del combate; pero la cubierta representa la última escena. Eneas pidió la mano de Lavinia, hija de Latino y de Amata, y ésta, que se le había prometido á Turno, se la negó. De aquí la guerra. Eneas hiere mortalmente á su rival; Amata se da la muerte, y Lavinia se casa con Eneas que hace las paces con Latino. Estos son los últimos actos de aquel drama representados en la cubierta. Eneas hace llevar el cuerpo de Turno á presencia de Latino; al otro lado, desesperada, Amata huye para darse muerte, mientras Lavinia se niega á seguirla. La tercera mujer representada, es sin duda una ninfa, una sibila ó cualquiera mujer fatídica, intérprete ó reveladora de los destinos futuros. Latino toma la mano de Eneas, y con la otra jura la paz, pisando armas y escudos. Los dos personajes alados son el Sueño y la Muerte, ó genios representados por un artista que no comprende ya esta vieja teología, ó acaso las *Dirae* de Virgilio (*Æn.*, XII, 845) *hijas de la sombra no-*